

Carreteras que yo te lo juro
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y pase son de tu imperio
Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento
Sobre ti en aguda flecha
Será en lanzar el primero
Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro
Y tras un postor saluda
Sale del recinto régio
Quede solo el rey mirando
De una gran ventana el hueco
Y vio al sol y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento
Entre rojizas neblinas
Como giras sangrientos
Alumbra en largos rostros
Con mortuandos reflejos

Entibititan aparce
Cubriendo su bella intemperie
Con ese velo sombrio
Que precede á las catástrofes
Hombreras niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzadas con el dolor
Retatado en los sembrados
Todos hacia Talcalof
Se dirigen sin hablar

ROMANCE II

LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.
Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente gimen
Bajo las alas del aire.

Tenuchtitlan aparece
 Cubriendo su bella imagen
 Con ese velo sombrío
 Que precede á las catástrofes.

Hombres, niños y mujeres
 Van en silencio las calles
 Cruzando, con el dolor
 Retrato en los semblantes;

Todos hácia Tlaltelolco
 Se dirigen sin hablarse,
 Como si á expresar su pena
 Con los ojos les bastare.



Sobre una estera de palmas,
 En dos almohadones grandes,
 Duerme Papantzin el sueño
 Último de los mortales.

Era princesa viuda
 De un general Totonaque,
 A quien ella quiso mucho,
 De quien no pudo olvidarse.

Y fué su pesar tan hondo
 En tan aflictivo lance,
 Que con la viudez llegaron
 Padecimientos y achaques,
 Sin que valieran remedios
 Contra sus físicos males,
 Qué el daño estaba en el alma,
 Y ésta no es fácil que sane.

En Tlaltelolco vivía,
 Donde gobernaban antes
 Ella y su esposo, y en donde
 Gozó placeres fugaces;
 Y allí fué donde la muerte
 Vino á curar sus pesares,
 Velando los tristes ojos
 Que lloraron sin cansarse.

Hermana de Moteuczoma,
 Fué cariñosa, y añaden
 Que el monarca la quería
 Como nunca quiso á nadie;
 Por eso ofrece en persona
 Presidir los funerales;
 Y en el palacio mortuorio
 Todos están esperándole;

Adentro, inmenso gentío
 Que bulle por todas partes,
 De nobles hembras y esclavas,
 De plebeyos y de grandes;

Y afuera y en dobles filas,
 Por los lados de la calle,
 Más de cuatro mil guerreros
 Vestidos con ricos trages,

Formados desde la puerta
 Del palacio, hasta la base
 De un elevado edificio,
 Que era el Teocali mas grande.

Todos con harta impaciencia
 Anhelan que el rey no tarde,
 Aunque por la hora presumen
 Que no estará muy distante.

Llega por fin Moteuczoma
 Y de una litera bájase,
 De dolor intenso dando
 Inequivocas señales.

Lleva un xuihtimatli ¹ airoso
 Bordado con plumas de ave
 Blancas y negras y azules,
 Como las alas del ánade.

Cubre su augusta cabeza
 El copilli ² hecho con arte,
 De sutiles hojas de oro
 Salpicadas de diamantes,

Al través del cual se miran
 En el cabello trenzarse,
 De Quachichtin y de Ocelo
 Las órdenes militares.

Y tiene los pies calzados
 Con zuelas de oro brillante,
 Sujetas con trenzas de hilo
 De plata y piedras que valen.

Viene con su corte toda
 Y un séquito inmenso trae
 De príncipes y señores
 Tributarios principales.

Y llegan en pos, y llegan
 En órden, según sus clases,
 Ministros y mayordomos,
 Bufones, criados y pages.

¹ Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.

² Corona, especie de mitra pequeña.

Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.



Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salía
De la princesa el cadáver.

En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trages
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.

Iba cubierta de joyas
De plata y oro, con jaspes
De abillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,

Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubría el semblante.

Precedían al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.

Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.

Iba el monarca en seguida,
Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocarse;

Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis¹ y cimeras,
Yelmos, armas y collares;

Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que gimen sin consolarse.

Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los Teopixquis² que entonaban
Las cántigas funerales.

¹ Traje de los mexicanos.

² Sacerdotes.

Así en procesion llegaron
 Al atrio del templo grande,
 Donde en presencia de todos
 Y junto al mismo cadáver
 Sacrificaron á muchos
 Que eran sus esclavos antes,
 Y al capellan que atizaba
 La lumbre de sus altares.
 Terminada ya la horrible
 Ceremonia, que complace
 A un pueblo que mas parece
 De tigres que de salvajes,
 Desanda el mismo sendero
 La procesion, sin turbarse
 En nada el órden seguido;
 Y sin que en su alma llevasen
 Un eco los concurrentes,
 De los lastimeros ayés
 Con que las puertas del templo
 Estremecieron los mártires,
 Cuyos cuerpos comenzaban,
 Tintos en caliente sangre,
 A rechinar en la hoguera,
 Pasto de llamas voraces.

Hay en el mismo palacio,
 Y cultivado con arte,
 Lindo jardin que un arroyo
 Riega con mansos cristales;
 Le forman verdes murallas,
 Cien ahuehuetes gigantes,
 Y acequías lo defienden
 Y cercan por todas partes.
 Brindan esencia á las auras
 Y regocijo á las aves,
 Flores de exquisito aroma
 Y de variados esmaltes;
 Y en un extremo hay un bosque
 Cuyas ramas colosales
 Se cruzan sobre una cueva
 Do apenas circula el aire,
 Y de esta cueva no lejos,
 Rodeado de tiernos árboles,
 Un estanque trasparente
 De clara linfa hace alarde,
 En donde Papantzin iba
 Frecuentemente á bañarse,
 Cuando su velo de sombras
 Pálidas tendia la tarde;

O, si el tiempo estaba frio,
 Sobre su borde á sentarse,
 Para gozar de las flores
 Que crecen en los arriates,
 A respirar el aroma
 Que de ellas el aura trae,
 Y á buscar en sus recuerdos
 Un consuelo á sus pesares.



Entre el estanque y el bosque
 Sus pasos lentos y graves
 La fúnebre comitiva
 Detuvo un solemne instante,
 E introduciendo en la cueva
 Los nobles restos mortales,
 Cubrieron la negra boca
 Con unos delgados mármoles.



ROMANCE III

LA REVELACION

En un gran salon oblongo,
 El mismo en que daba audiencia,
 Moteuczoma Xocoyotzin
 Está sentado á la mesa:
 Era esta una almohada dura
 Cubierta de fina tela,
 Como la nieve de blanca,
 Y como la nieve tersa.